

GOTTFRIED DE PURUCKER**TRES ETAPAS DE LA VISIÓN DE LA VERDAD**

[en: *Viento del Espíritu*, pp. 273-75]

La apertura psicológica del ser humano a la verdad, a la entrada de nuestra Sabiduría-Dios, en otras palabras, el entrenamiento que todo verdadero teósofo experimenta comienza una vez que es tocado y su corazón se abre - comienza aunque no lo sepa. Esta apertura del corazón puede dividirse en tres etapas. Estamos familiarizados con ellas en la forma del budismo que se originó en China, procedente de la India. En sánscrito se llama la forma Dhyāni, y en Japón se conoce como la forma Zen del pensamiento budista. Se expresa de alguna manera como sigue, y se aplica igualmente a la Teosofía, porque la forma Zen o Dhyāni del Budismo no es sino una rama del pensamiento teosófico.

El estudiante, al entrar en el pronaos del templo de la sabiduría, y más tarde al entrar en el templo mismo, pasa por tres fases de apertura interna — esa es la palabra que utilizan. Así, en la primera fase, las montañas y las aguas de la tierra son montañas y aguas, y son reconocidas como dignas de estudio e investigación, y su maravilla es vista y sentida; pero son sólo montañas y sólo aguas.

Pero mediante el estudio y la aspiración a la verdad, llega finalmente la segunda apertura psicológica de su carácter, de su entendimiento, de su ser. Se da cuenta de que las montañas y las aguas, por muy bellas que sean y maravillosas para su estudio, no son después de todo más que aspectos, apariencias, fenómenos del noúmeno que hay detrás, efectos de causas invisibles y secretas; y se da cuenta, en esta segunda fase de la apertura de su ser, de que si quiere la verdad debe profundizar y estudiar la ciencia de las montañas y de las aguas de la tierra. Debe investigar las causas que las hacen nacer, las causas y energías internas que produjeron las montañas y las aguas. Se da cuenta de que las montañas y las aguas, por ser efectos, fenómenos, apariencias, por muy relativamente reales que sean, no son más que ilusión, māyā, porque la verdad real está dentro y detrás de ellas. Y todo su ser se envuelve en el pensamiento de esta maravilla.

Entonces, gradualmente, comienza a sentir la profunda sabiduría del viejo dicho de que todo el universo es un fenómeno y, por lo tanto, ilusorio, pero ilusorio sólo porque no lo entendemos correctamente. No significa que el universo no exista. Eso es absurdo y una construcción errónea. Se da cuenta de que no lo entendemos bien, que debemos ver detrás y adentro. Lo visible debe retratar lo invisible, el efecto debe enseñarnos las causas subyacentes. En esta fase comienza a sentir su unidad - y esta es la parte más fina de la segunda fase del desvelamiento psicológico de este sistema de entrenamiento que el teósofo experimenta y ama tan bien - comienza a sentir su verdadera unidad con todo lo que es, porque se da cuenta de que, como hombre físico, no es más que un fenómeno, un efecto; que en realidad es el producto de causas secretas e invisibles; que detrás del fenómeno del hombre físico, está el noúmeno espiritual humano. Y se vuelve muy reverente y un gran sentido de belleza simpática entra en su corazón porque se da cuenta de que no es sino uno de todos los seres y entidades y criaturas que llenan el universo. Y comienza a sentir desde ese momento que la ética no es una mera convención humana; la moral está arraigada en el propio tejido y materia de la naturaleza universal. Siente inmensamente su unidad con todo lo que es “y mi Padre son uno”

Y esto le lleva al tercer paso de la apertura psicológica, y en este tercer paso se da cuenta de la maravillosa paradoja de todo lo que conocía antes en los dos estados anteriores. En este tercer paso aprende que hacia adentro y hacia arriba, expansivamente hacia arriba, pero siempre hacia adentro, las montañas son, después de todo, lo real, y las aguas son, después de todo, reales en un cierto

sentido maravilloso, pues aunque sean ilusorias para nuestro relativamente imperfecto entendimiento humano evolucionado, sin embargo es la realidad fundamental la que las ha producido, tal como nosotros, como fenómenos, somos producidos.

Así pues, vemos al mismo tiempo que la única realidad es la divina, y que esta divina, por ser la totalmente real, hace real en cierto sentido incluso la apariencia ilusoria de los fenómenos cósmicos. Y aplicando esto a nosotros mismos, sentimos que la única parte real del hombre es lo divino que hay en él; y sin embargo, precisamente porque esto divino es la realidad, ese mismo fenómeno físico que llamamos hombre físico es, en cierto sentido maravilloso, también real. Hemos vuelto, el círculo ha vuelto a entrar en sí mismo. Volvemos al punto de partida. Primero, sólo había montañas y aguas que eran las únicas cosas reales; y luego se vio que las montañas y las aguas no eran más que las vestiduras, el ropaje de realidades secretas, invisibles; y luego el siguiente paso nos llevó a la comprensión de que precisamente porque son cosas reales no podían producir irrealidades esenciales; de modo que las mismas montañas y aguas, extraña paradoja, son a la vez reales e irreales. Dichoso el hombre que pueda comprender este tercer paso.

La clave de esta comprensión es otro pensamiento que volveré a tomar del Dhyāni-Budismo, porque es bastante conocido en Occidente, principalmente a través de los escritos budistas zen del profesor Suzuki de Japón (de quien, por cierto, no tomé este extracto). Este es el pensamiento zen. Escuchen con atención, por favor, porque el significado es muy resbaladizo. “En el viento de las montañas y en el sol de las tierras bajas, en la caída de la noche y en las nieblas del amanecer, se grita en voz alta Eso sólo fue, es, permanece”.

Todo el universo es Eso, y todos sus fenómenos son producciones del noúmeno divino, o pensamiento divino; de modo que todos están esencialmente unificados en una unidad divina. De una manera bastante pragmática podemos reducir este pensamiento y decir que todos los hombres son hermanos, que cada uno es el guardián de su hermano. ¿Ven el camino de la conducta? Cualquier violación de este camino significa ponerse en oposición a toda la naturaleza universal misma.

Hay un camino hacia la paz y la felicidad y la sabiduría y el poder. Porque una vez que el hombre se da cuenta de que es uno con la Naturaleza, y la Naturaleza es una con él, su conciencia se vuelve, vibracionalmente hablando, co-rítmica con las pulsaciones del corazón cósmico; y es por eso que los grandes sabios y videntes pueden hacer maravillas en el mundo: curar y elevar; retener la conciencia después de la muerte; transportar el ego pensante a campos distantes y estar allí en el pensamiento auto-consciente y ver todo lo que pasa a su alrededor; y muchas cosas más. Porque el Universo y nosotros somos uno. No hay más que una vida y esta vida es también pensamiento cósmico.
